

4

CARTA PASTORAL

DE LOS

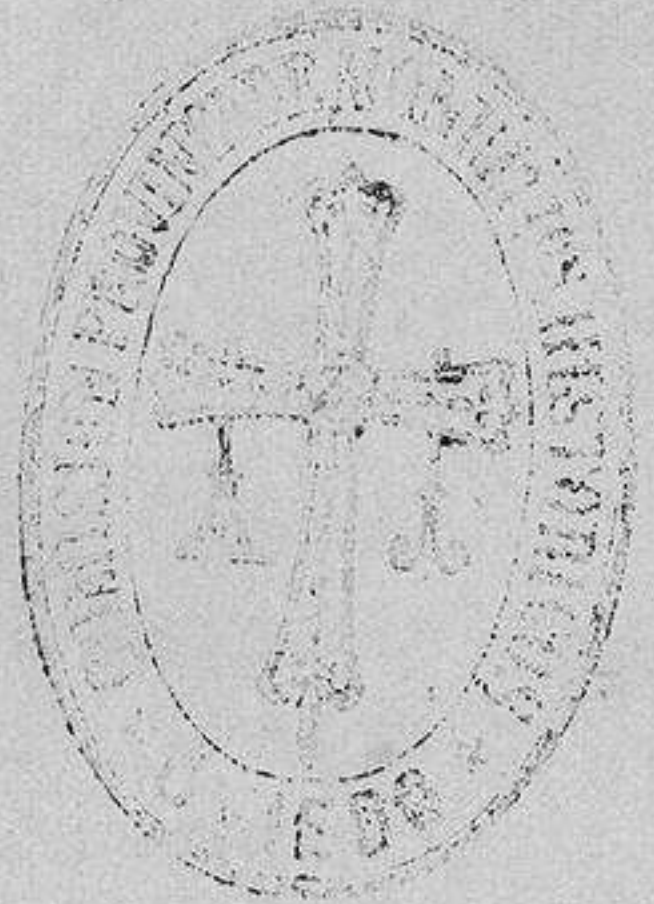
PRELADOS ESPAÑOLES

QUE HAN IDO A ROMA

ACOMPAÑANDO Á LA

PEREGRINACION NACIONAL OBRERA

DE 1894.



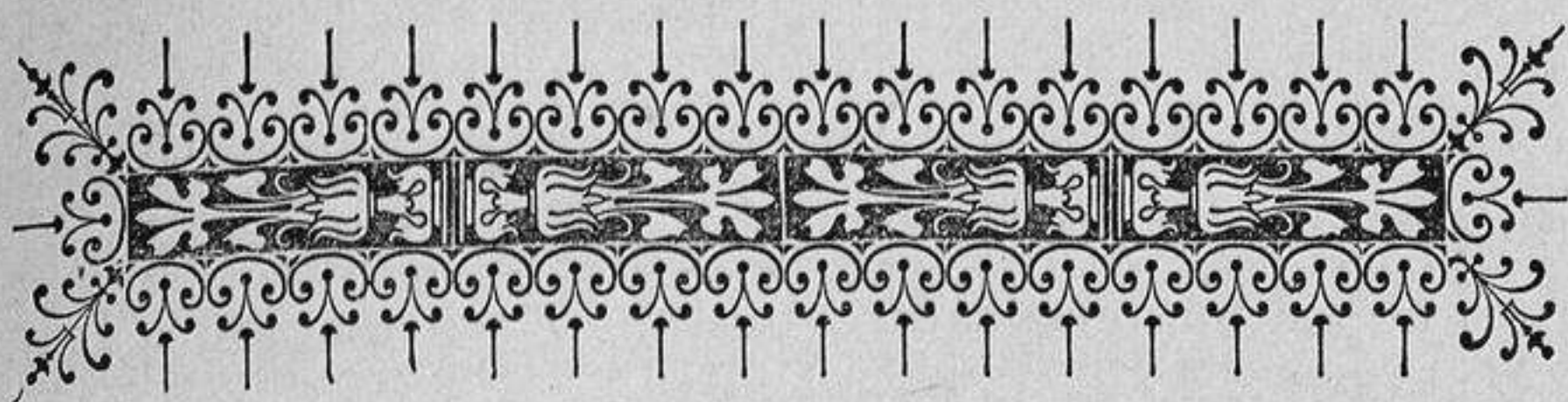
SEVILLA

Librería é Imp. de Izquierdo y C.^a

FRANCOS, 60 Y 62.

1894

A. 1281209/21



CARTA PASTORAL.



A nuestros amados Hijos en el Señor los miembros de la Peregrinacion Nacional Obrera, á cuantos en espíritu se unieron á ellos y á todo el Clero y fieles de nuestras diócesis.

Solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis..... veritatem facientes in charitate crescamos in illo per omnia qui est caput Christus (*Ephes. IV. 3. 15.*)

Solicitos en guardar la unidad del espíritu en vínculo de paz..... practicando verdad en caridad crezcamos en todas cosas en aquel que es la cabeza, Cristo. (*S. Pab. á los Efes. IV. 3, 15.*)

Regresados felizmente á nuestra patria, amadísimos peregrinos, despues de la manifestacion asombrosa de vuestra fe y vuestra cordura en Roma, es cosa de alzar el corazon á Dios y rendirle profundo agradecimiento, porque Él, dispensador de todos los bienes, ha reinado y resplandecido entre vosotros, levantando vuestra empresa y vuestro nombre á la alteza de lo admirable y sublime. Somos nosotros los primeros admiradores de vuestra insigne obra; eco además de aquella palabra augusta del Papa que puso el sello al asombro general, reconociéndoos la primacía, entre todas las demostraciones espléndidas de las naciones,

enderezadas á celebrar las fiestas de su jubileo. Alabado sea Dios, y pregonen todas las criaturas su gloria, porque así ha ensalzado vuestra peregrinacion y bendecido el nombre de España!

¡Oh qué dulce es la memoria del bien obrar! ¡Qué grato al alma revolver en sus pensamientos el recuerdo del buen nombre conquistado, qué consolador para nosotros refrescar nuestro espíritu con la imaginacion de tantos cuadros y escenas edificantes!

Salió la romeria, en todos los ángulos de España, guiada por sus Pastores, desde los templos del Señor donde se invocó la proteccion del cielo y robusteció la fe con la virtud de los Sacramentos, al eco de la palabra divina y entusiastas himnos sagrados, y por doquiera que pasaba, dejaba la huella luminosa de la cultura y el buen olor de las virtudes.

Ante la provocacion parcial de algun punto, y la incivil despedida de unos desalmados, ante el denuesto y el silbido, y aun las piedras y los disparos, se respondió con bendiciones por los Prelados agredidos, y con heróicas muestras de prudencia y mansedumbre por los que formaban en las filas de la peregrinacion.

Aquel pasaje sombrío sirvió, por altos juicios de Dios, para resalte más claro de vuestra romería, porque se avivó el sentimiento de dignidad en toda España, y el mismo grito de indignacion resonó en todos sus ámbitos, hasta lanzarse unánime voto de protesta en las Cortes, con lo cual se declaró á la peregrinacion eminentemente católica y española. Vosotros recordareis la honda sensacion que esa protesta labró en el extranjero, merced á la cual abriéronse nuevos caminos á la romería, cubiertos de flores, por los respetos y benévola acogida que se granjeó en todos los lugares.

Roma es testigo, y los huéspedes todos que pue-

blan la Ciudad Eterna, del correcto comportamiento de los grupos de españoles que invadian calles y plazas, y penetraban en tiendas, museos y santuarios, haciendo que en todo Roma se hablase la lengua de Cervantes; pero testigo elocuente, pregonador sincero que por nada apasionados órganos de la voz pública prestó testimonio de la hidalguía y la piedad de nuestro pueblo. El nativo sentimiento de caballerosidad española se despertó más vivo que nunca en nuestros obreros al pisar las calles de Roma: “aquí tenemos que dar limosna á cuantos pobres nos pidan,, hemos oído decir de humildes peregrinos. Cuando los romanos les contemplaban orando en las iglesias, de rodillas en el santo suelo, sin arrimo á ninguna parte, exclamaban aquellos edificadros: adoran á Dios los españoles.

Visitaban los jardines del Vaticano algunos obreros de la peregrinacion, en ocasion que otros operarios italianos proseguian las obras allí proyectadas de un pabellon de verano, y por el anhelo de hacer algo para el Papa, pidieron los españoles les permitiesen un turno de trabajo, el cual obtenido, y tomadas las herramientas, trabajaron por dos horas con tal limpieza y primor, y sobre todo con tal gusto y saboreamiento, que se terminó aquella labor entre los aplausos de los obreros pontificios.

¿Cuándo se vió en Roma una comunion de hombres tan numerosa y prolongada como la de San Lorenzo, á donde acudieron nuestros peregrinos casi al dia siguiente de su fatigoso viaje, extramuros de la ciudad, á pié en su mayor número, y empapados en agua de la persistente lluvia?

De las aclamaciones en el Vaticano á la vista del Papa no hay descripcion que no sea pálida; suelto allí el represado cariño y la fogosidad vehemente de nuestro

pueblo, ni el irresistible empuje de las agitadas olas del Oceano presta cabal imagen de las oleadas de fervor y entusiasmo con que al emocionado Pontífice incesantemente se le vitoreaba. Y ese pueblo incomparable rezaba á poco silencioso y recogido, al postrarse su Padre y Pastor ante los altares, porque tan piadoso era en sus estrepitosos hosanas, como en el suave murmullo de las plegarias del Rosario.

De boca en boca corría esta frase en Roma, en aquellos memorables dias, repetida por labios muy autorizados: "esta romería es como una mision dada por los españoles,,. ¡Oh cuánto creció y se agigantó el nombre español en Roma por esta edificante peregrinacion! En la capital del orbe católico, para que así sonara más engrandecido en todas las naciones!

Replegado ha quedado el antiguo y dilatado poderío de España á la region de su nombre y pocas colonias más: nuestra influencia política, nuestro comercio, las letras y la industria, las lloramos en decadencia; pero es consolador ver, en los mismos dias de nuestra pequeñez territorial, que atesoramos en nuestro seno algun germen fecundo y poderoso, el cual hace que en el concilio Vaticano nuestros Obispos sean los más unidos, resueltos y admirados del mundo; en las fiestas jubilaires del Papa, de todos los ejércitos europeos el español quien le haya dedicado más obras literarias; y en la competencia de los pueblos cristianos para demostrar con las peregrinaciones su adhesion al Pontífice, el pueblo español, con ser de los más distantes, el que ha alcanzado la palma de la primacía. Esa es la misma razon, el mismo secreto porque Napoleon, desde la altura de su genio, nunca quiso declarar la guerra á España, sino que se vió arrastrado por las imprevisiones de uno de sus generales. ¡Oh, pueblo heróico por tu fe y tu carácter, digno de mejor suerte!

De ahí que la complacencia y la satisfacción de nuestro Santísimo Padre Leon XIII por los brillantes rasgos de vuestra religiosidad, la habeis visto dibujada en su bondadoso semblante, en aquel avance de los brazos, efusion de su alma paternal, para derramaros larga y copiosa bendicion; lo habeis oido igualmente de sus augustos lábios. “Ya he encargado al Secretario de Estado, nos decía á los Obispos, que estos días cesen las gestiones de las tareas ordinarias: en este mes no pienso más que en vosotros, en estos días *soy español: hispanus sum*„.—Bendiga á España,—le pedía un peregrino á Su Santidad, y contestaba dulcemente el Papa:—Hijo mío, no pienso en otra cosa. Y al ver tanto rosario y medallas presentados á su bendicion, exclamaba sonriente:—¿pero no se han agotado ya las tiendas de objetos religiosos? Ni menos oportuno y amable se mostró al verse rodeado de los oficiales y marinos de los vapores de la peregrinacion; pues al serle presentado el capitan de uno de ellos le preguntaba el Papa:—¿capitan, de cuál vapor?—Del *Leon XIII*, Santísimo Padre. —¿Del *Leon XIII*? ¿le dejaréis ir á pique?—Padre Santo, Leon XIII no se hunde jamás.—¿De modo que sois mi capitan?—Sí, y vuestra Santidad mi Rey.

Cierto, ese es el soberano, Vicario de Jesucristo, aclamado por nuestro pueblo, digno de la fe de España. Soberana figura que simboliza al Espíritu que sobrenadaba en las turbulentas aguas del génesis del mundo, reflejo de la Providencia, que suave y fuertemente dirige los destinos de las naciones, que con su cabeza inspirada y serena, las armas de la mansedumbre y la calma, va guiando la nave de la Iglesia en un mar de récias olas y cerrada noche, rumbo al puerto de la salvacion social, sin que los Estados le auxilién, simples expectadores, asombrados á lo más, de cómo es rey de los corazones

en la época y reinado del acero y el anarquismo.

Y vosotros, amadísimos peregrinos, habeis consolado á ese corazon magnánimo, lo habeis empapado en el baño de inefables dulzuras, le habeis dado del elixir de la vida, (que el consuelo es la que la anima y la alarga), para que se dilate su vida preciosa, inmaculada maravilla del siglo XIX.

Al anuncio de que íbais á visitarle quiso Él honrar el nombre de España y ofreceros los cuadros más esplendorosos del Culto con la beatificación de dos apóstoles de nuestra patria: Beatos Juan de Avila y Diego de Cádiz. Vosotros habeis venerado á vuestros compatriotas y obsequiado al Proclamador de sus heróicas virtudes.

Aun más: que si vuestra presencia en Roma ha vigorizado la persona del Papa reinante, no ha defendido menos la causa santa del Pontificado. Vuestras aclamaciones, que para los ineptos parecerían perdidas en las bóvedas de San Pedro, para los hombres pensadores y avisados eran gritos que resonaban muy lejos, el eco de los cuales decía en mil telegramas al universo mundo que la cuestion de Roma está viva y palpitante, como palpitante y ardoroso estaba vuestro pecho. ¿Por qué, llevando solo el rosario en las manos, aunque fuerais más de catorce mil, se os ha obligado á entrar en Roma divididos en dos expediciones? Es que hay más gente que vosotros, quienes, mal que les pese, acaban por reconocer que el Papa no debe vivir sujeto en las doradas prisiones del Vaticano.

Nuestros plácemes, pues, más halagüeños á todos los peregrinos, á las Juntas diocesanas y sus fervientes promovedores, á las Cámaras españolas y á S. M. la Reina, que se dignó adherirse, por los obreros de su casa, y su regio telegrama, á tan brillante manifestacion

católica; Nuestra enhorabuena más cumplida y cordial bendición al Excmo. Sr. Marqués de Comillas, Caballero Gran cruz de la pontificia Orden de Cristo.

II

El efecto primario de la peregrinacion está alcanzado por manera sorprendente; pero á todos ocurrirá que la obra es de suyo tan fecunda, que debe producir ulteriores provechos. Nos hemos acercado á Roma para adherirnos á las enseñanzas de la cátedra de Pedro, y que todos nos vean colocados al lado del Papa que es luz del mundo, como aquel de quien es Vicario, piedra sobre que descansan á una el edificio de la Iglesia y el edificio de la sociedad, y á quien en los grandes conflictos, y en las grandes crisis puede y debe acudir en demanda de consejo. Cúmplenos, pues, para colmo de nuestra ventura y nuestra honra, presentarnos ahora como defensores de las enseñanzas pontificias, celosos observantes de las recomendaciones del Vicario de Jesucristo. Y lo primero de todo, testigos de las angustias de nuestro querido Padre, no cesaremos de orar por que sus dias de tribulacion acaben cuanto antes, y proclamar por todas partes la urgente necesidad de que viva el Papa con la independendencia que él reclama para el mismo ejercicio de sus funciones espirituales.

Atenderémos al bienestar de nuestra nacion y perfeccionamiento de nuestro espíritu, prestando atento oido á los mandatos y consejos de nuestro Padre y Pastor.

El cual, tomando pie de la empresa realizada por los obreros peregrinos, recordó con vivo encarecimiento á los Obispos el celo por los círculos de industriales cristianos á fin de ilustrar y moralizar á la clase traba-

jadora, respondiendo á las excitaciones de su Encíclica *De conditione opificum*, y ahorrar á la sociedad dias de luto y de vergüenza. Para esto, decia el Papa es menester avivar el fuego de la caridad, estrechar los vínculos de los católicos por la union santificadora del amor divino.

Seguramente, en España podíamos atajar la difusion de las ideas disolventes, no llorando los daños en el rincon del hogar, ni gritando estérilmente contra los gobiernos, que al fin suelen ser engendro del voluntario sufragio, sino desplegando todos más actividad, dando nuestro nombre para la causa de Dios y parte de los caudales para el alivio del prójimo menesteroso. Esta es la más eficaz represion del anarquismo y saneamiento del árbol dañado de la libertad. El cuadro que presentó Valencia en la tarde del II de Abril á la despedida de los peregrinos, no puede hablar más alto y convincente. De un lado obreros fascinados por las sectas, de otro los obreros educados por la religion.

Los sectarios, huérfanos del noble sentimiento de la hospitalidad y del respeto á las gentes, insultan y escarnecen á respetables sacerdotes y dignas señoras, y apelan al silbido como expresion de sus sentimientos, olvidando que son racionales y con uso de la palabra, para rebajarse al nivel de las fieras. Degradados á tanto extremo, ¿qué maravilla apedrearán cobardamente á tres Obispos, uno tras otro, cuando los peregrinos se hallaban ya á bordo de los vapores? Distínguense las fieras del hombre en la carencia de pudor; pudieron hallarse faltos de él los que silbaban, pero á sus conciudadanos les enrojecieron el rostro y llenaron de vergüenza. Una voz, la más autorizada del mundo, ha declarado que no sólo renunciaron por ello al título de cristianos, sino tambien al de españoles.

Pero volved la vista á los obreros educados por la Iglesia: respetan á las gentes, agradecen los favores, bendicen á Dios, sufren pacientes las tribulaciones y llenan el espacio de vítores y cánticos. Granjéanse las simpatías de las naciones, los aplausos del Papa, y á su patria la conquistan envidiable nombre. A su paso dejan aquel buen olor del Apóstol, que es como bendición del cielo, *Christi bonus odor sumus Deo* (I). Tales son los frutos de la educacion cristiana.

Las sectas convierten los caballeros en viles esclavos, los obreros en máquinas infernales; la religion, á los operarios los trasforma en caballeros, á los señores en héroes de la caridad, bálsamo de las llagas sociales. Descubierta el remedio de las dolencias de la humanidad, y recomendado tan vivamente por el Papa, urge su aplicacion en todas las ciudades y pueblos de la patria.

Por esto el venerado Pontífice nos encarecia tanto la multiplicacion de los patronatos y círculos de obreros, de los cuales espera incalculables bienes para la Iglesia y para la sociedad. “Yo quisiera, nos decía, que no solo en cada ciudad y en cada pueblo, sino en cada parroquia hubiese un círculo de obreros católicos, que aparte de otros conocimientos útiles, se cimentasen más en el de la religion explicada por celosos sacerdotes. Así aprenderian á cumplir fielmente con los deberes de cristianos, los de la vida de familia, los del trabajo y la industria, y los de la vida social, influyendo poderosamente en la moralidad pública y en el bienestar comun.”

Al clero y al pueblo, á los que abundan en bienes y á los que viven del trabajo trasmitimos las palabras del Pastor Supremo, y á todos pedimos con instancia que vengán en auxilio nuestro para llevar á la práctica su santo deseo y exhortacion paternal.

(I) II ad Cor. II-15.

Los frutos de estos centros conocidos son doquiera se han instituido: á ellos toca no pequeña gloria de la peregrinacion: á ellos buena parte de cuanto en elogio de la misma se ha dicho y hemos recordado. Multiplíquense en todas partes estos círculos y patronatos que aproximan y aunan todas las clases, y se multiplicarán á la par los frutos de orden moral y social.

Y en este punto no cabe excusa para la concordia de los ánimos y union de los que se apellidan hijos de la Iglesia católica. A él pueden concurrir los que militan en diversas agrupaciones ó partidos políticos, ya que por desgracia nuestra nos hallamos deshechos en fracciones; y deshechos nos hallamos porque falta la abnegacion; y no se tiene esta, porque falta tambien la fe sencilla y filial que en la sabiduría, en la prudencia y en el amor del Vicario de Cristo á todos sus hijos ha de poner todo el que católico quiera llamarse y serlo realmente.

Diversas escuelas tiene aun la ciencia teológica, lo que es muestra de la variedad y pequeñez de los ingenios humanos; pero en puntos nada sustanciales, oscuros para la razon y no aclarados por la revelacion divina. En estos, definidos una vez por la Iglesia, la creencia de los teólogos es unánime, significando el homenaje del entendimiento humano á la palabra infalible de Dios, *in captivitatem redigentes omnem intellectum in obsequium Christi* (1). Por fuerza en las escuelas filosóficas y políticas se impone la variedad de opiniones y partidos; pero al tocar los puntos de la religion, exigidos por la Iglesia, reclamados por el Papa y los Prelados, es menester resplandezca la union de los católicos. ¡Qué hermosa y brillante ha resultado la peregrinacion en que nos ocupamos, fruto de la concordia de los ánimos

(1) II ad Cor. X. 5.

y la sumision á los legítimos Pastores! A nadie deben servir de embarazo sus aficiones particulares ó ideales políticos para estas empresas santas; y si tal acaeciera, bien puede desechar una idea opuesta á las reclamaciones de su conciencia religiosa, buscando ante todo y sobre todo el reino de Dios y su justicia, (1) á fin de que agrupados todos al pié de la cruz, dispuestos por ella á cualquier sacrificio, trabaje cada cual en su esfera y en la medida de sus fuerzas para que en las familias y en los pueblos reine el príncipe de la paz, Cristo Jesus Rey de reyes y Señor de los que dominan (2).

Y claro está que, como siempre se halla trabada la lucha entre el bien y el mal, y no hay pactada tregua entre la luz y las tinieblas, el Papa nos manda y ruega que en la situacion en que las circunstancias nos colocan, en ella trabajemos compactos por los sagrados intereses de la religion y la patria, no llevados del amargo pesimismo, sino alentados del buen espíritu, el cual pone de su parte cuanto se le alcanza, esperando en la Providencia divina que guiará nuestros esfuerzos, dándonos lo que mejor nos convenga. Dejarse llevar del espíritu de abandono ó destruccion, inactivo y maldiciente, más propio que de cristianos, es de tendencia satánica y germen de anarquismo. La Iglesia sana y restaura las cosas en Cristo; es obra de Dios la sociedad, y la Iglesia la ama y defiende.

Por la razon natural alcanzamos que es necesaria la autoridad en el mundo, igualmente que á la autoridad son debidos el respeto y la obediencia. Y quiso Dios, por el bien de la sociedad misma, robustecer y confirmar tanto estas luces y doctrinas, que en diversas maneras nos las ha enseñado en las Sagradas Letras de

(1) Matth. VI. 33.

(2) 1 Tim. VI. 15.

uno y otro Testamento, y señaladamente en el nuevo, por boca del Príncipe de los Apóstoles y el Apostol de las Gentes. Deber es nuestro, nos ha dicho el Papa, sujetarnos respetuosamente á los poderes constituidos; y vosotros sabeis que nosotros somos los primeros en el cumplimiento de ese deber y así lo hemos declarado en memorables documentos. El ser estas palabras y enseñanzas del Papa, tan claras y obvias, tan recientes y solemnes, no permite que de parte nuestra haya más que acatamiento y veneracion hacia ellas. Sujecion respetuosa: para nosotros son como palabras sacramentales. Estas palabras no son grito de combate, sino luz de atraccion: no deben aumentar las discordias, sino aunar las voluntades. Pueden moverse los católicos por todo el campo de las leyes patrias, que no dejan de estar sujetos á los poderes constituidos los que respetan las leyes y ajustan á ellas su conducta. Excusado es declarar que la ley ha de ser justa para ser ley, conforme enseña el santo Obispo de Hipona, como que tambien exige rendida obediencia, mientras no sea evidente su injusticia, esto es, su oposicion á la ley de Dios ó de su Iglesia. Las palabras del Papa han de ser escuchadas y bien recibidas, lo mismo por los súbditos que por los gobernantes, lo mismo las que nos halagan, como las que nos piden sacrificios para el bienestar comun.

Ah! Su Santidad nos decía: "Vosotros, hijos amadísimos, bien lo habeis comprendido, y Nos es grato admirar en esta grandiosa demostracion la expresion elocuente de Nuestro pensamiento y del ansioso deseo de Nuestro corazon de ver concertadas todas las clases sociales bajo el amparo de la caridad cristiana, que es *vínculo de perfeccion*," (1).

(1) Col. III-14.

Si esta reina de las virtudes, efusiva y pacificadora, alzase su trono en nuestras almas, nada más sería preciso aconsejar; ella es luz é ingenio, y todo lo rico y hermoso, como lo ponderó San Pablo al describir sus cualidades (1).

Por esta razón os la deseamos tanto, y la recomendamos con la instancia y encarecimiento de San Pedro al escribir á sus discípulos dispersos por el Asia: "Sobre todo, mantened constante la mútua caridad entre vosotros: *ante omnia autem, mutuum in vobismetipsis charitatem continuam habentes*, porque la caridad cubre la muchedumbre de pecados., (2).

El Dios de la paciencia y del consuelo, amadísimos en el Señor, os dé á sentir una misma cosa entre vosotros, conforme á Jesucristo (3) á fin de que teniendo una misma caridad, un mismo ánimo, unos mismos pensamientos, (4) os veais colmados de todo gozo y de paz en el creer para que abundeis en esperanza y en la virtud del Espíritu Santo, y unánimes á una boca glorifiqueis á Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo (5).

Descienda sobre vosotros y permanezca siempre la bendición de Dios Omnipotente Padre, † Hijo † y Espíritu † Santo.

Sevilla 18 de Mayo de 1894.—† BENITO, CARDENAL SANZ Y FORÉS, Arzobispo de Sevilla.—JOSÉ M.^a, Arzobispo de Santiago.—TOMÁS, Arzobispo de Tarragona.—CIRIACO, Arzobispo de Valencia.—JOSÉ, Arzobispo Obispo de Madrid-Alcalá.—VICENTE, Obispo de Cádiz.—MANUEL M.^a, Obispo de Jaen.—JOSÉ, Obispo de Sego-

(1) 1.^a Ad Cor. XIII-4.

(2) I Petr. IV-8.

(3) Rom. XV. 5.

(4) Philip. II. 2.

(5) Rom. XV.

via.—JAIME, Obispo de Barcelona.—SALVADOR, Obispo de Urgel.—RAMON, Obispo de Vitoria.—MARCELO, Obispo de Málaga.—JOSÉ M.^a, Obispo de Vich.—FR. TOMÁS, Obispo de Salamanca.—RAMON, Obispo de Oviedo.—GREGORIO M.^a, Obispo de Lugo.—ANTONIO, Obispo de Pamplona.—MARIANO, Obispo de Europa, Auxiliar de Zaragoza.—JUAN, Obispo de Tarazona.—JUAN, Obispo de Avila.—FRAY FRANCISCO, Obispo de Badajoz.—FRAY JOSÉ, Obispo de Jaca.—ENRIQUE, Obispo de Palencia.—VICTORIANO, Obispo de Osma.